

SUEÑO

Hace un calor terrible en la calle, sofocante, asfixiante, tanto que ni aquellos dos dobles de cerveza y aquella camarera de senos voluptuosos son capaces de atraer la clientela masculina, tampoco de mantener a los clientes sobre las sillas incómodas de las terrazas de verano y tal vez, la idea de disfrutar del aire acondicionado del apartamento es merecedor de ser considerado para abandonar las aceras que radiaban la temperatura acumulada del día tan soleado, del día tan deprimente y frustrante que había sufrido sin necesidad de buscarlo, ni desearlo, ni merecerlo.

Al abrir el apartamento, el frío interior me congela los huesos, me eriza el bello de los brazos y congela mi alma durante los segundos en que puedo analizar en un simple vistazo de dos o tres segundos la incoherencia que estoy viviendo. Enciendo la luz y en el tiempo de no despegar el dedo del interruptor, vuelvo a activarlo nuevamente dejando el recinto a oscuras. Aquella luz me molesta por la sensación de ser despertado inesperadamente y por interrumpir mi deseado descanso. Yo abro la puerta, pero a la vez, Yo me encuentro descansando en la cama abatible del mueble del salón, y las dos situaciones no pueden darse en ese mismo instante; no puedo compartir dos espacios a la vez, no puedo vivir dos situaciones en el mismo momento, no resulta lógico el calor sofocante del exterior y el frío insoportable del interior. Me froto los ojos y vuelvo a accionar el interruptor de la luz, con la gran incertidumbre de saber si volverá a repetirse la misma situación y ahora, la molestia de interrumpir el descanso no hace aparición pero la sensación del frío polar es patente; la ventana y la puerta del salón, abiertas en su totalidad hacen que un viento polar se filtre llenando el apartamento de una penumbra gélida, de una neblina espesa y húmeda.

Mi sofá de dos plazas se había convertido en uno de tres, más largo, más cómodo y más acogedor; la tela que lo cubre desgastada ha desaparecido y un cuero lo envuelve en su totalidad, un cuero negro, un cuero brillante, un cuero impecable. Sobre el sofá vislumbro tres personas, tres cuerpos sentados, tres figuras femeninas, sus piernas cruzadas y las medias de seda negra cubriéndolas formando la perfección de sus finos miembros dejan claramente al descubierto que no puede tratarse del sexo masculino, la lencería íntima que las cubre, azul, negra, roja, realzan sus perfectos cuerpos, sus finas figuras. Cierro la puerta de la terraza y deslizo la hoja de la ventana desapareciendo por completo la neblina que envuelve toda la habitación. Las figuras siguen intactas pero puedo definirlas y ahora, son capaces de reír a carcajadas sin que ningún comentario burlón haya salido de mis labios, y se encuentran allí, como musas perfectas que se alegran cuando llegas del trabajo y después de tener la sensación de haber pasado el peor día de tu vida. En un extremo el amor, en el centro el deseo y en el otro extremo la amistad, las tres bellas, las tres hermosas, las tres exuberantes, las tres deseables y las tres sonriéndome e intentando alegrarme el regreso a casa. Yo de pié, ahora con abrigo y bufanda, a pesar de ser pleno verano, observando las tres maravillas a pleno alcance e

intentando encasillarlas dentro del orden elegido para ocupar sus asientos. Las tres me sonríen, dulcemente, de tal forma que una paz interior hace que me olvidé del día tan nefasto que supuestamente he tenido, no puedo definir por qué se ha producido pero mi interior mantiene el sabor amargo del fracaso, de la desolación, de la incomprensión por parte de los que me rodean. Y allí sentadas e intercambiando posiciones se encuentran ellas, con el pelo negro, laso, brillante... A, S, JM... JM, A, S... S, JM, A... A, JM, S... S, A, JM... JM, S, A... Y soy incapaz de detenerlas para dejarlas situadas en la posición que me apetece, que se merecen y a la que corresponden, incapaz de parar el tiempo y definir las en la amistad, el deseo y el amor y poder sacar de cada una de ellas el jugo que necesito para que el día no acabe tirado a la basura y tenga que olvidarlo por completo.

Y me veo en una puesta de sol, tumbado en la arena de la playa, los pies descalzos, mis dedos jugueteando con la fina arena, una brisa delicada, un aroma a mar cálido, el sonido de las olas rompiendo en la orilla y cada vez que cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, una de ellas aparece y no es la misma que la anterior y vuelve a desvanecerse y ninguna se queda pero siempre hay una... Y me veo enfrente a mi mismo...

Y me veo sentado en la terraza de un bar, leyendo mis poesías, interpretando mis escritos, escribiendo mis novelas, la pluma acariciando mis dedos, café con leche humeante, un cigarro a medio consumir sobre el cenicero y cada vez que paso una hoja, una de ellas aparece y no es la misma que la anterior y vuelve a desvanecerse y ninguna se queda pero siempre hay una... Y me veo enfrente a mi mismo...

Y me veo desnudo, frente a ella desnuda, deseándola, su cuerpo joven, sus curvas definidas, hermosa, bella, sensual, femenina, sexual, entregada al deseo mas desenfrenado, ebrio de la fragancia que emana su delicado cuerpo y cada vez que mis manos hacen temblar su piel, una de ellas aparece y no es la misma que la anterior y vuelve a desvanecerse y ninguna se queda pero siempre hay una... Y me veo enfrente a mi mismo...

Y me despierto en mi cama a oscuras pero capaz de definir todos los contornos de mi apartamento, la puerta de la terraza cerrada, la hoja de la ventana encajada, el sofá de dos plazas que mantiene su tela desgastada, se encuentra vacío sin ninguna figura sobre sus asientos y me encuentro exaltado, sofocado, sudoroso, agotado y sobre mi almohada una hoja negra con un verso escrito, mío, propio, bello y sobre el verso una concha de mar pequeña y azulada, brillante, hermosa y junto a la concha, una servilleta de papel con unos labios marcados en un rojo carmín formando un corazón... Ya no concilio el sueño... pero deseo volver a dormirme... y volver al mismo sueño... creo que fue un sueño.©